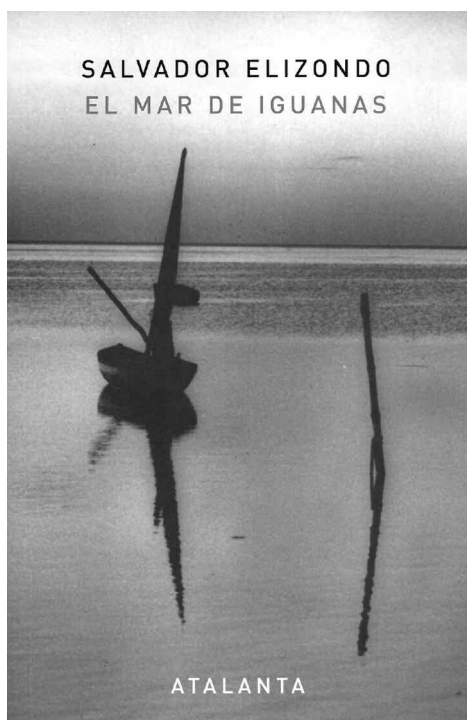


La escritura de la memoria y del olvido

Anamari Gomís

El mar de iguanas de Salvador Elizondo ha sido para mí toda una sorpresa. Más allá de la espléndida edición de Atalanta y del espléndido prólogo de Adolfo Castañón, se incluyen textos antes inéditos y tres más que he leído y releído, buscándoles sus costuras, admirando su construcción y sus historias extraordinarias. Me refiero a la novela corta *Elsinore*, al cuento “Ein Heldenleben”, escritos en una etapa madura que, muy distintos a la novela *El hipogeo secreto*, permiten una trama de principio a fin; y a la *Autobiografía precoz*, que me ha embelesado siempre. No importa qué tan joven era Elizondo cuando la escribió, la visión de su vida hasta ese momento se basa en confesiones impactantes, en frases y tonos puramente literarios y en experiencias muy *sui generis*, tales como haber vivido de niño en la Alemania de Hitler, cuando se realizaron allí los juegos Olímpicos, en el Berlín prebélico; o por ejemplo, haber experimentado algunos días en un hospital psiquiátrico, donde lo sometieron a electroshocks. En dicha *Autobiografía*, la pasión de Elizondo por la lectura y la escritura se encuentra ya en un estado mayor, a pesar de haber tenido entonces treinta y pocos años de edad. Como los ajolotes que tanto lo fascinaban y que se metamorfoseaban en salamandras, él ya había transitado por un proceso de transformación. Ese joven Salvador Elizondo es ya el que se deslumbra con James Joyce, con los ideogramas chinos, que busca una expresión literaria por demás novedosa y que siempre incluye especulaciones científicas y filosóficas.

Muchas de sus obsesiones literarias, de sus gustos, de su proceder a la hora de escribir se apuran en sus *Nocturnos*, diarios de la noche que, por vez primera, se publican, gracias a la dedicación de Paulina



Lavista por la obra de su marido y a la editorial Atalanta.

Pocos escritores latinoamericanos han especulado tanto acerca de la escritura literaria, como Elizondo. En la entrada del 19 de noviembre de 1986 de sus *Nocturnos* dice:

Tiene que haber una diferencia de estilo entre los pensamientos que se producen de día y las ideas que surgen de noche (p. 220).

Edgar Allan Poe, cuyos escritos influyeron de manera definitiva en los poetas simbolistas franceses y a quien el autor de *Farabeuf* conocía tan bien como a Baudelaire, se refería a un estado entre la vigilia y el sueño que procuraba el ímpetu de la escritura. Para el escritor estadounidense, el resultado “is a constant alternation of excitement and depression” (*The Poetic Prin-*

ciple en *The Fall of the House of Usher and Other Writings*, Penguin Classics, 1996, p. 500), lo cual justamente producía en Elizondo la necesidad de escribir durante las madrugadas. Más allá del binomio bipolar de Poe, el sentido del humor de Salvador Elizondo emerge no pocas veces en sus diarios, en sus escritos en general y aun durante el suplicio brutal de Leng T’che en su novela *Farabeuf*, como cuando el propio doctor Farabeuf, cirujano excelso e inventor de complicados instrumentos quirúrgicos, se burla de los médicos chinos y de su incapacidad para realizar bien los cortes en el cuerpo del supliciado. En sus textos, aunque muchos se arriman del lado del horror o de la crueldad, siempre se impone una mirada divertida, una apreciación guiñolesca de las cosas.

En este *mélange* de ideas que me vienen a la cabeza, después de mi lectura inicial de los *Nocturnos*, me pregunto cómo organizaba Elizondo la profusión de sus textos. Es decir, su constante escritura en los *Diarios*, cuyos extractos se publicaron en *Letras Libres* durante 2008, de sus *Cuadernos*, que implican otra modalidad de lo misceláneo y de los cuales no se ha publicado todo, y ahora sus pensamientos nocturnos, que muestran la enorme inteligencia de quien pensaba y escribía en el día y por la noche.

Hoy antes de que cayera la noche escribí en mi cuaderno diario algunos pensamientos nocturnos que hay que incorporar aquí. Diferentes formas de pensar según las horas del día (p. 221).

Aquí se abre otra disquisición fundamental del discurso elizondiano, otro binomio, el de Newton, dice él, compuesto por dos principios: olvido y memoria. En *Fara-*

beuf, se dice que “el olvido es más tenaz que la memoria”. En *Nocturnos* aparece la intangible gravedad de la doble ausencia, el desplazamiento de un significado que se transmuta en nada o que irrumpe con renovada fuerza. Se trata, me imagino, de una metafísica de la ausencia. Aquí va Elizondo:

El caso es que cuando cae la noche y los seres, las cosas, los lugares que nos recuerdan se desvanecen en la penumbra, su ausencia pierde fuerza, pierde su calidad de cosa real y se va convirtiendo poco a poco en una ausencia de la ausencia, lo desaparecido va desapareciendo de la memoria vivida y los muertos retornan a su realidad de olvido continuo, medible mediante el binomio de Newton. He olvidado tantas cosas de ti como tiempo ha pasado desde que moriste. Cuando no quede ningún vestigio de ti en la memoria es que yo también habré muerto. Ése es el momento en que, según el binomio de Newton, Memoria y Olvido se igualan. Fragua la ecuación en el equilibrio de sus términos, ambos son igual a cero (p. 210).

Así sucede en “La historia de Pao Cheng”, ese pequeño y extraordinario texto de *Narda o el verano*, donde un filósofo chino de hace mil quinientos años descubre a un hombre del futuro que escribe sobre Pao Cheng. De pronto, ambos se dan cuenta de que no pueden vivir uno sin el otro:

El hombre, no bien había escrito sobre el papel las palabras “...si ese hombre me olvida moriré”, se detuvo, volvió a aspirar su cigarrillo y mientras dejaba escapar el humo por la boca su mirada se ensombreció como si ante él cruzara una nube cargada de lluvia. Comprendió, en ese momento, que se había condenado a sí mismo, para toda la eternidad, a seguir escribiendo la historia de Pao Cheng, pues si su personaje era olvidado y moría, él, que no era más que un pensamiento de Pao Cheng, también de-

saparecería (*Narrativa completa*, Alfaguara, 1997, p. 81).

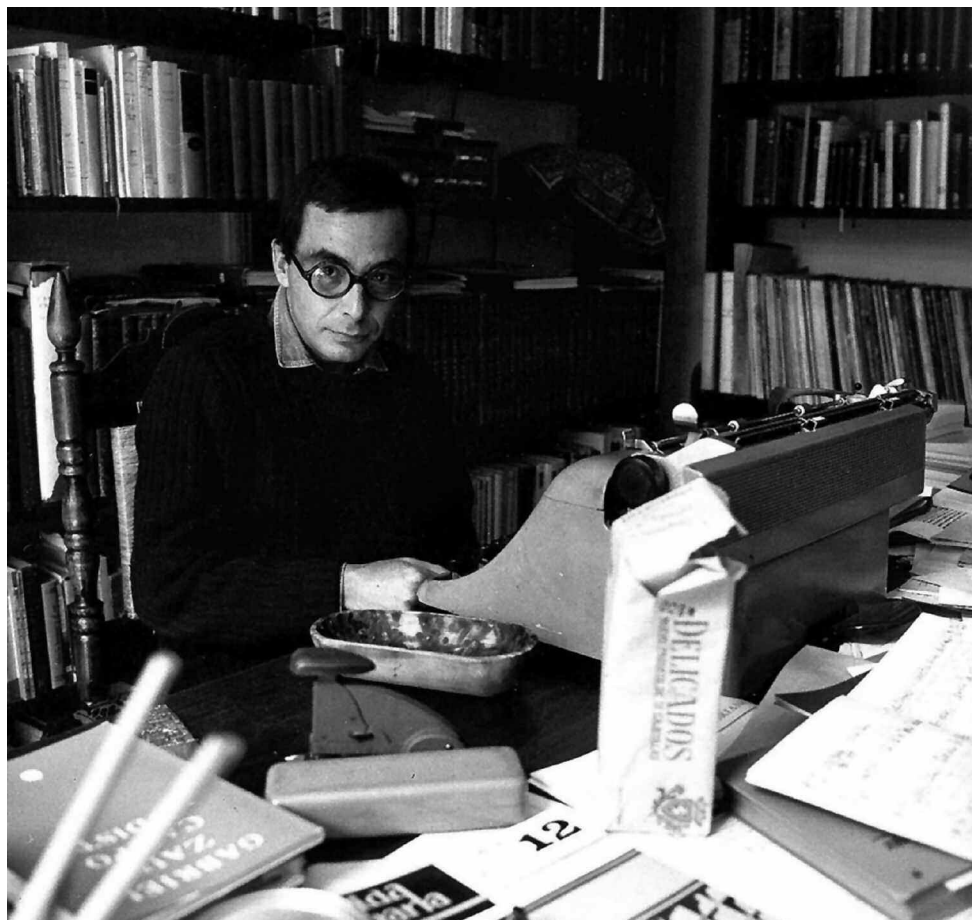
Regreso a los *Nocturnos*, ahítos de cavilaciones. Describen al mundo desde el encierro de su habitación, en especial al mundo interior, pero hay de todo, y discurren, como siempre, la manera en que se juntan los vericuetos del pensamiento y la escritura, los hipogeos secretos del lenguaje. Como escribe el propio grafógrafo, o sea, Salvador Elizondo, el pequeño libro de su vida nocturna puede convertirse en:

Una novela, una autobiografía fracturada, un sueño, un *ensayo dramático*, una conversación (p. 200).

Los *Nocturnos* componen eso y mucho más. En ellos se consignan la escritura de

Elsinore, una novela corta que considero perfecta; ideas que se deslizan como células vivas; que evocan pulsiones como las del amor y la muerte, que piensan la escritura, acaso como la única forma de evitar que la presencia o la ausencia significativa se olviden. En este sentido, el texto recién salido es la comprobación de que el olvido no es más tenaz que la memoria, si la memoria se captura por medio de la escritura, sea de noche o de día. Celebro, pues, la iniciativa de la fotógrafa Paulina Lavista y de los editores de Atalanta. Todavía, además, esperan muchos textos inéditos de Elizondo por conocerse. Aguardemos a que se publiquen. **U**

Salvador Elizondo, *El mar de iguanas*, prólogo de Adolfo Castañón, Atalanta, Girona, 2010, 315 pp.



Salvador Elizondo

© Paulina Lavista

En sus textos, aunque muchos se arriman del lado del horror o de la crueldad, siempre se impone una mirada divertida.